

llamó del Buen Oficio, nos hará experimentar los maternales oficios de María, laudables oficios, que servirán para asistirnos, para defendernos y ayudarnos en medio de las miserias de la peregrinacion presente. Esta Imágen, que veneramos hoy bajo la advocacion del Buen Consejo, nos alcanzará las gracias de Aquella, que término de los divinos consejos, esplendor del mundo por los santos consejos contrarios al pecado, Mujer de celestiales consejos preclarísimos en virtud, en santidad y en perfeccion, no puede ménos de querer nuestro bien y nuestra verdadera felicidad. ¡Ah! si, oh Madre del Buen Consejo, acoje benigna el homenaje de nuestra devocion, y dignate protejernos en los peligros, asistirnos en las necesidades y colmarnos de tus favores. Impétranos sobre todo la gracia de imitarte en tus virtudes, en el desprecio del mundo, en la pureza del corazon y en la humildad cuando la fortuna nos sea próspera, y en el sufrimiento en medio de las tribulaciones, en la fé, en la esperanza y en la caridad. Tu consejo nos ilumine, nos ayude, nos guíe, nos consuele; sea nuestro escudo contra el demonio, sea nuestro freno contra los asaltos de la concupiscencia, sea nuestra estrella en medio de las tempestades del mundo, y nos salve en la tierra para que seamos eternamente salvos en la celestial Jerusalén.

---

## NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON. (1)

---

*Erat subditus illis.*  
Jesús estaba sujeto á María y José.

(Luc. II, 51.)

A los innumerables y gloriosos títulos con los cuales el pueblo cristiano suele honrar á María, se ha añadido en nuestros días todavía otro. Los Misioneros del Sagrado Corazon en Issoudun, diócesis de Bourges en Francia, fueron los primeros en tributar á la Santísima Virgen este nuevo obsequio. Erigiendo ellos en su templo un altar consagrado á la Reina de los Cielos, buscaron un título, que hablase más eficazmente que los ya conocidos á sus piadosos devotos, y que mejor les diese á conocer los gloriosos privilegios de la incomparable Madre. Ahora bien; en un santuario consagrado al Corazon de Jesús, y levantado para que fuese centro de devociones cuyo fin especial consistía en reanimar y propagar la devocion á este Corazon santísimo; ¿qué otro título podía ser más á propósito, que otra advocacion podía ser más expresiva, que un título y una advocacion que se refiriesen al mismo Sagrado Corazon? Por consiguiente, para indicar el poder de María para con el Corazon de su adorable Hijo, y los celestiales tesoros, de que Ella por este motivo es augusta dispensadora, la invocaron Señora del Sagrado Corazon.

¡Oh! Si alguno de aquellos piadosos sacerdotes, que tanto adelantaron en el amor á los Corazones misericordiosísimos de Jesús y de María, subiese hoy en este púlpito, haría resonar elocuentísimas palabras, hermanos míos, acerca de la festividad que hoy celebramos, y no me cabe duda de que fijaríais los ojos en su rostro y prestaríais

(1) Véase el título: CORAZON DE MARÍA, discursos I y II, del tomo VI de este TESORO MARIANO, pág. 295 y 305.

oidos para escuchar su voz. Mas, ya que en vez de aquellos celosos Misioneros debo hablar yo, tan frío en este amor, os ruego, desde ahora, que os contenteis con lo poco que sabré recordar á vuestra devocion. La alabanza tributada á María, llamándola: Señora del Sagrado Corazon, si es nueva por lo que mira al nombre, es tan antigua como la Iglesia por la verdad que atestigua; y mi objeto no es otro que recordaros lo que ya sabeis acerca de su poderosísimo patrocinio. Y como que entre este extraordinario concurso pueden hallarse personas que no aprueben del todo esta devocion, y otras que no la crean necesaria, para abarcar todo el argumento, dirigiéndome á unas y á otras, probaré su solidez y su utilidad. Hé ahí el grato asunto acerca del cual ocuparé vuestra atencion en las presentes pompas religiosas; asunto que, oido con la debida atencion, no podrá ménos de despertar en vuestras almas una tierna conmocion de gratitud hácia Aquella, que tantos caminos nos abre para nuestro bien, y tanto nos ampara bajo las alas de su misericordia maternal: A. M.

La devocion á la Señora del Sagrado Corazon consiste en venerar á María, porque tiene un sorprendente poder sobre el Corazon de Jesús; y este poder de María sobre el Corazon de Jesús está contenido en las creencias de la Iglesia. ¿No es la Iglesia, acaso, la que honra á María Santísima con el título de Virgen poderosa? ¿No es la Iglesia la que la invoca como á nuestra abogada, como á Reina de misericordia? ¿No es la Iglesia la que la ruega nos muestre despues de este destierro á Jesús, fruto bendito de sus inmaculadas entrañas? Considerad estas invocaciones, hermanos míos, y vereis que está en las creencias de la Iglesia el poder de María sobre el Corazon de Jesús.

María es poderosa, y su poder es tal, que llegó con una sola mirada y con uno solo de sus cabellos á ligar al Omnipotente (1). Ella aplacó á aquel Dios, que, irritado por las culpas de los hombres, queria abandonarles al oprobio y á la muerte; arrancó los dardos de manos del eterno Juez, que levantaba la diestra para castigar á los transgresores de su ley, é hizo descender del Cielo á la tierra al Verbo increado, que allí reina en medio de los esplendores de los Santos en un torrente de luz. Es este otro poder muy superior al de Samuel, que hizo retumbar el trueno por el firmamento; ó al de Elias, que hizo descender fuego de las altas esferas sobre las víctimas; ó al de

(1) CANT. IV, 8.

Moisés, que pareció un Dios á los ojos de Faraon. Así, pues, si algunos trajeron sobre la tierra el fuego, los rayos ó las aguas, María trajo á la tierra al mismo Hijo de Dios del seno del Padre. Segura la Iglesia de esta verdad, cuando dice que María es poderosa, quiere darnos á entender, que nada podrá servir de obstáculo á sus gracias, nada impedir el torrente de sus beneficios; y que teniendo tanto poder sobre el mismo corazon de Dios, nada podrá ser estorbo á sus misericordias.

María es abogada; pero harto diferente de los intercesores que, aún siendo poderosos y elocuentes, ruegan muchas veces sin ser oidos en sus oraciones. Esto podrá acontecer á las almas justas que Dios acogió en el Cielo; pero no acontecerá, ni es posible que acontezca á la que es coronada soberana del Paraíso. Sola entre todos los Ángeles, sola entre todos los Santos, y sola entre todos los bienaventurados ciudadanos de la inmortal Jerusalén, María tiene una autoridad maternal sobre aquel Dios que quiso hacerse hijo suyo, y su oracion adquiere, en alguna manera, razon de mando y derecho de imperio. Si, pues, las súplicas de María son como mandatos al corazon de Dios, nada es tan imposible que no se alcance por su eficacia; si las súplicas de María tienen como fuerza de imperio sobre el corazon del divino Hijo, nada podrá impedir el valor de su intercesion; y ningun poder se opondrá á la mediacion de María, teniendo Ella tanto poder sobre el corazon de Aquel que es la misma omnipotencia. Hé ahí porque la Iglesia, cuando dice que María es abogada nuestra, quiere darnos á entender, que en todas nuestras necesidades, en todos nuestros peligros y en todas nuestras miserias, tentados, afligidos, angustiados, vacilantes y oprimidos, podemos con toda confianza considerarla como nuestro refugio, nuestra ayuda, nuestro consuelo y esperanza nuestra, puesto que obtiene de Dios cuanto quiere.

María es Reina; y no solamente por efecto de su noble genealogía, de su estirpe régia y propiamente de la real sangre de David, que le corre por las venas, nó; Ella es Reina por más alto principio y por títulos más sublimes. En verdad no cabe duda, que considerada en los eternos decretos, vino solamente al mundo para ser la Madre del Verbo de Dios, quien quiso encarnarse en sus inmaculadas entrañas. Ahora bien; el ser verdadera madre exige para una mujer que sea y se tenga como una sola cosa con el Hijo, de donde se sigue, que deben pertenecer á María, como Madre del Verbo humanado, todas aquellas grandezas de su Hijo que convienen á su sér de hombre. Entre las grandezas del Hijo de Maria existe, precisamente, la de ser Rey

y monarca del Universo, no solo por razon de la naturaleza divina, mediante la cual tiene el mismo dominio del Padre sobre todas las cosas, sinó tambien por razon de la naturaleza humana, por la cual, es Señor de todas las cosas, habiendo el Padre sometido á Él todas las criaturas. Por consiguiente, tambien á la Madre de este Hijo, tambien á María debe corresponder el nombre de Reina. Asi pues, cuando la Iglesia dice, que María es Reina, quiere significarnos que este título no le conviene solamente en su denominacion, sinó en la realidad, no por un cierto respeto al Hijo, sinó por un derecho adquirido sobre su Reino.

María es aquella que despues del presente destierro, debe mostrarnos al fruto bendito de sus entrañas, Jesús, lo cual nos ofrece una nueva prueba de su poder sin medida y sin límites. Y en verdad, si el más grato de nuestros votos, si el más bello de nuestros deseos, si el más grande de nuestros bienes debe consistir, en ver á Jesús despues de las amarguras de esta dura peregrinacion, hallarse con Él, y gozarle eternamente; ¿cómo dejaría de ser poderosa Aquella, que puede satisfacer el más grato de nuestros votos, cumplir el más bello de nuestros deseos, y consolarnos con el más grande de nuestros bienes? Y puesto que nunca podríamos embriagarnos de tanto gozo, si el mismo Jesús no nos mirase con ojos benignos, no nos socorriese con amorosa mano, ni nos ayudase con piadosa misericordia; ¿cómo no será poderosísima Aquella que nos lo vuelve clementísimo y paternal? Por lo tanto, cuando la Iglesia ruega á María para que nos muestre despues del presente destierro al fruto bendito de su vientre, quiere darnos á entender, que debemos esperar de Ella la presente felicidad y la futura, porque toda súplica que dirija á Dios irá siempre acompañada de un favorable consentimiento.

Por lo que queda brevemente indicado hasta aquí, no tengo, amados hermanos, necesidad de muchas palabras para persuadirlos, de que está comprendido entre las creencias de la Iglesia el gran poder de María sobre el Corazon de Jesús; y en esto consiste la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon. En efecto; al celebrar á María, como á Señora del Sagrado Corazon, celebramos en Ella á la preclarísima Madre que Jesús puso sobre su trono, en cuyas manos depositó los tesoros infinitos de su pasion y muerte, y á la cual concedió un grande poder sobre su mismo Corazon. Está claro, pues, que la devocion á la Señora del Sagrado Corazon se cuenta entre las creencias de la Iglesia. Ahora bien; si la devocion á la Señora del Sagrado Corazon se encuentra entre las creencias de la Iglesia, ¿quién negará

que sea una devocion sólida? Sin duda toca á la Iglesia, con el auxilio de las Escrituras, de que es la intérprete, y de la tradicion, de que es custodia, determinar lo que Dios quiere que creamos y practiquemos. En verdad es una maestra que no se parece á los demás maestros de la tierra, una maestra contra la cual las fuerzas del Infierno, y, por consiguiente, las de la falsedad, del error y de la heregía, no podrán jamás prevalecer; una maestra que, segun la promesa del Señor, será siempre pura é inmaculada en medio de todos los artificios de la mentira y de todo contagio del cisma; una maestra por la cual habla el mismo Jesucristo, de manera, que es su luz la que nos ilumina, es su sabiduría la que nos instruye, es su verdad la que se nos manifiesta, es su palabra la que resuena á nuestros oidos y se nos hace manifiesta al corazon. Por lo tanto, basta saber que una devocion está contenida en las creencias de la Iglesia para afirmar que es sólida; y como que entre las creencias de la Iglesia hay la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon, no puede cabernos la menor duda acerca de su solidez.

Si, segun San Pablo, en nuestra religion santísima, todo obsequio, empezando por el de la fé, quiere ser probado y razonable (1), está ciertos de que la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon ha recibido el consentimiento de la razon y de la voluntad. Aduciré ahora las autoridades de los Padres y de los más antiguos y acreditados autores eclesiásticos acerca de la Virgen Madre, y vereis, hermanos míos, que esta doctrina es confirmada por las enseñanzas de aquellos grandes panegiristas de la excelsa soberana del Universo, confirmada con las pruebas más incontestables de la lógica y de la credibilidad. No pudiendo referirlas todas, puesto que sería cosa de nunca acabar, y para lo cual no bastarian muchos volúmenes, me limitaré á indicar algunas, persuadido de que estas autoridades, mostrando admirablemente con limpieza y con fuerza los nobles sentimientos de aquellos piadosos varones, os harán sacar saludables consecuencias por la solidez de la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon.

En primer lugar, dada en María la maternidad divina, toda razon exige que se la considere investida con la más amplia potestad; porque todo cuanto Dios conceda hoy á esta criatura sublimísima, siempre será poco, ó más bien nada, comparado con lo que ya le concedió, habiéndose entregado á Ella de la manera más íntima y más amorosa posible despues de la union personal. Por consiguiente, habiéndola

(1) Ad Rom. XII, 1.

concedido lo más, no puede suponerse que no quiera concederle lo ménos; y habiéndose dado enteramente á Ella, no puede suponerse que no quiera concederle lo que á su presencia es como nada. Con razon decía el gran Obispo de Nicomedia San Jorge, haber sido conveniente que Dios, entregándose Él mismo á María, la enriqueciese de privilegios sumos, indecibles, inmensos (1); y por eso, añadía San Buenaventura, que el justo y el más propio de estos privilegios fué el haberla hecho cerca de sí efficacísima y poderosísima para alcanzar cuanto pueda pedirse á favor nuestro. Ahora bien; ¿qué otra cosa significa esta eficacia y este poder de María cerca de Dios, sinó que Ella es la Señora del Sagrado Corazon?

Dada la maternidad divina, María adquiere un cierto derecho sobre su divino Hijo. Y esto no solamente por aquel vínculo, que une íntimamente todo hijo á la madre, sinó tambien de un modo, que, haciéndola singular entre todas las demás madres, le dá sobre el hijo un derecho singularísimo. En efecto; si las otras madres no suministran toda la sustancia, sinó solamente una parte al hijo que nace de ellas, María, habiendo concebido, no por obra del hombre, y quedado inmaculada su virginidad en la misma concepcion, suministró al Hijo por obra del Espíritu Santo, no solo una parte, sinó toda su sustancia y toda su naturaleza humana. Dice San Metodio, que si María es infinitamente deudora á Dios por haberlo elevado á ser su Madre, Dios es tambien deudor á María, habiéndole dado como verdadero hijo la humanidad (2). Y Guerrico Abad añadió, que habiendo María dado á Dios el sér de hombre que no tenía, Dios, en cierto modo, le dará su sér, comunicándole por participacion aquel poder, que está en Él, de disponer de todos sus tesoros y de su misma voluntad (3). Todo lo cual equivale á decir, que teniendo María como madre una cierta autoridad y un cierto dominio sobre el Hijo, debemos reconocer y confesar en Ella el mismo poder que se reconoce y se confiesa en el Hijo, de conceder gracias y cualesquiera gracias; y que puede disponer de Él, tanto por lo que mira á los bienes del Paraíso, como á todos sus bienes, satisfaciendo inmediatamente el Hijo cualquiera deseo de la Madre. ¿Qué significa este dominio y esta autoridad de María sobre su Hijo, sinó que Ella es la Señora del Sagrado Corazon?

Dada la maternidad divina, el Hijo de María no puede eximirse de

(1) IN SPECIM. 8.

(2) ORAT. IN HYPAS. DOM.

(3) SERM. 2 DE ASSUMPT., V.

aquellos deberes propios de los hijos para con sus madres. Entre estos deberes se cuentan, sin duda, los de honrar á la madre y de emplear todos los medios para que los demás la honren. Cuanto exige la ley de la naturaleza, otro tanto lo ha confirmado Dios en sus mandamientos. Está claro, pues, que habiendo venido Jesucristo, no á destruir, sinó á observar la ley, debiendo cumplir estos dos deberes para con María, que es su Madre, debe honrarla y hacer que todo el mundo la honre. A esto se debió el que rogado por María á que obrase un milagro en las bodas de Caná de Galilea, lo hizo, á pesar de no haber llegado el día de descubrir al mundo su divinidad. Entónces quiso significar, que no habría obrado el milagro á ruegos de cualquiera otra persona, y que solo lo obró á instancias de María; entónces quiso darnos á entender, que anticipaba el tiempo establecido para obrar milagros, solo porque no podía dejar de oír la súplica de su Madre.

Nadie crea, pues, que Jesús, habiendo honrado de esta suerte y hecho honrar á María acá en la tierra, no quiera honrarla y hacer que la honren del mismo modo ahora, que reina á la diestra del Padre en medio de los esplendores del Cielo, puesto que no dejando de ser hombre en el Cielo, tampoco deja de ser allí hijo de María. Por consiguiente, debe cumplir hácia Ella con los deberes de hijo, así en la tierra como en el Cielo, honrarla y hacer que sea honrada. Ahora bien; ¿cómo la honraría, de qué modo la haría honrar, sinó oyendo todas sus súplicas, satisfaciendo todas sus peticiones, y contentándola en todos sus votos? Satisfaciéndola en todas sus peticiones indica claramente, que la honra; contentándola en todas sus votos, indica evidentemente que la quiere honrada; y con oír todas sus súplicas presta toda la veneracion debida á su Madre.

Me parece que puedo concluir ahora respecto del tema propuesto, que es sólida la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon. Cuando es confirmada por la sabiduria de los Santos Padres, y la autoridad de los Doctores, no ménos que por el consentimiento de las almas piadosas y por las religiosas prácticas de los místicos; cuando es sostenida por la misma razon, que, dada la divina maternidad en María, saca por legítima consecuencia su poder sobre el Corazon de Dios; cuando la aprueba la Iglesia, que procura promoverla en los ánimos de sus fieles hijos, para que con toda confianza acudan en todas sus necesidades al omnipotente patrocinio de María, ¿qué puede esperarse de más claro, verdadero y solemne para decir, que la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon es una devocion

sólida? Se puede estar seguro, pues, de ir al Corazon de Jesús por el Corazon de María; y es un dulce consuelo para los pobrecitos de acá abajo invocar como á su tierna madre á Aquella, que puede decir como el Padre celestial á nuestro gran Mediador: «Tú eres mi Hijo!»

Queriendo ocuparme de este consuelo, paso, casi sin advertirlo, de la solidez á la utilidad de la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon, la cual voy á demostrar con la ayuda de Dios. Oid, amados hermanos, porque estoy seguro de que, considerado atentamente cuanto voy á exponer, sentireis descender sobre vuestras almas como un suave rocío, por la seguridad con que podreis dirigir vuestras oraciones y ver despachadas favorablemente vuestras súplicas por Aquella, á quien saludamos, llenos de afecto y de confianza, como Señora del Sagrado Corazon.

Aunque sean todas bellas y útiles las devociones instituidas y recibidas por la piedad del pueblo cristiano hácia la Virgen Madre de Dios, sin embargo, más bellas y útiles deben considerarse aquellas que se remontan al origen de las piadosas misericordias de la misma, y á las innumerables maravillas que Dios obró por sus manos. Bajo este punto de vista, ciertamente no sabría figurarme que otra devocion, por antigua y renombrada que sea en el mundo, pueda parangonarse con esta. Venerando á María como á Señora del Sagrado Corazon, glorificamos á la Reina, sobre cuyas sienes el mismo Jesús puso la corona de la gloria, en cuyas manos confluó las misteriosas llaves de sus tesoros, á cuyos piés quiso que Patriarcas y Profetas, Apóstoles y Mártires, Ángeles y Arcángeles, doblasen sus majestuosas frentes, declarándola soberana omnipotente del Cielo y de la tierra.

Estas son cosas á las cuales se eleva nuestra inteligencia, cuando reconocemos en María á la Señora del Sagrado Corazon, y me parece que serán suficientes para induciros á concluir acerca de la utilidad de esta devocion. Dejemos á la crítica todo cuanto podría contender y disputar, bastándonos lo que se nos presenta como indudable; y lo es, que con la devocion á la Señora del Sagrado Corazon nos elevamos al origen de las piadosas misericordias de María, y á las innumerables maravillas que ha obrado Dios por sus manos; y como es precisamente esto lo que hace que una devocion sea más útil y más bella que las otras, está fuera de duda que la devocion á Nuestra Señora del Sagrado Corazon es utilísima y bellísima.

La devocion es tanto más bella y más útil, cuanto es más oportuna y á propósito para las necesidades de nuestros tiempos. ¿Y quién

ignora, que hoy el Infierno extiende ámpliamente los brazos para coger almas y hacerlas esclavas? Tal vez en ningun otro tiempo Jesucristo y su Evangelio, la Iglesia y el Sumo Pontífice, la Religion y sus ministros, la justicia y la honradez fueron más universalmente ultrajados; tal vez en ninguna otra época ha triunfado tanto la impiedad, se han abierto tanto los abismos, y cundió tanto la perdicion de las almas. La divina justicia podría no tolerar por más tiempo tan grandes iniquidades, podría sacar los dardos de su carcaj...; y parece como si se oscureciese el cielo y se oyese de lejos el fragor de la tempestad; sin embargo, no hay que desanimarse y desesperar de la salvacion. Entre las nubes preñadas de rayos, en medio de las nieblas que se adelantan para ocultar toda luz, en medio de la tempestad que amenaza con el próximo exterminio, brilla un nuevo Iris, y este Iris es María. María brilla con la corona en la frente, con los señales de su poder, con la fuente de sus inmensos tesoros, ó sea, con el corazon de su adorable Hijo, llevando escrito en caracteres dorados sobre la frente el título gloriosísimo de Señora del Sagrado Corazon. Hasta aquí se nos había presentado como Señora de las Gracias, del Socorro, de la Esperanza, de la Ayuda, de la Salud y de la Providencia; mas hoy se nos ofrece con un título que los comprende todos, puesto que todos los demás le corresponden solo por ser Ella en verdad la Señora del Sagrado Corazon de Jesús, de aquel Corazon del cual descenden para nuestro bien todas las misericordias. Si el Corazon de Jesús es nuestra esperanza única, nuestra única salvacion, y el remedio único para curar todos nuestros males; si en medio de las tinieblas que nos rodean y de las sociales desventuras que nos espantan, es el solo astro radiante que puede iluminarnos; si es la sola Medianera que dispensa gracias piadosísimas y eficaces para arrancar á los hombres de los abismos de la perdicion, debemos decir, que fué altísimo consejo de la Providencia benéfica el habernos señalado de un modo más manifiesto en nuestros tiempos á Aquella, que posee sus tesoros, invitándonos á saludarla como á Señora del Sagrado Corazon.

La misma Santísima Virgen, derramando con grande abundancia sus gracias, ha mostrado cuan provechoso sea el venerarla bajo esta advocacion. Por Ella recibieron pronto ayuda algunas personas, que se sentían oprimidas bajo el peso de espirituales angustias; otras, que instigadas por el furor de las tentaciones, estaban próximas á perderse; y por último, no pocos, que llenos de culpas veían abiertos bajo sus piés los abismos infernales. Por Ella fueron curadas obsti-

nadas fiebres y enfermedades contagiosas, fueron detenidos á medio curso terribilísimos rayos y devoradoras llamas, serenado el cielo, calmado el mar, alejada la desventura, rechazada la muerte, y arrebatadas á la misma tumba las próximas presas. Por Ella no faltaron para lograr la feliz eternidad, luces, avisos, socorros, buenos pensamientos, santos propósitos y celestiales deseos; ni por los intereses del tiempo pruebas evidéntísimas de singular proteccion. Los Anales de la Archicofradía canónicamente erigida en Francia á gloria de la Santísima Virgen saludada con este título, casi todos los días refieren prodigios, que demuestran que María, invocada de esta suerte, extiende visiblemente su proteccion á todas las necesidades de nuestra flaca naturaleza.

Veis muy bien, amados hermanos, cuan ancho campo se me abriría delante, si me propusiese referiros todas las gracias otorgadas por Nuestra Señora del Sagrado Corazon á los devotos que la invocan con este título. Mas no espereis una larga relacion, porque sería empresa asaz árdua y atrevida sólo el enumerarlas muy á la lijera.

¡Ah! qué consuelo no debe ser para nosotros ver que María, Señora del Sagrado Corazon, se nos muestra tan propicia? ¿Qué confianza no debe animarnos, sabiendo que conoce nuestras necesidades y oye todas nuestras súplicas? Ella es, sin duda, dueña absoluta de las gracias celestiales, es la dispensadora de todos los tesoros de la divina piedad, de los cuales, rogando, dispone á su arbitrio; sin duda que Ella, sujeta como criatura á la voluntad del Señor, como Madre tiene, en cierto modo, sometida á sí la voluntad divina. Podemos, pues, acudir en las angustias temporales y espirituales con plena confianza en el patrocinio poderosísimo de María, y venerándola de un modo particular como Señora del Sagrado Corazon, esperar con seguridad los beneficios de que tenemos necesidad.

Mas, para lograr que la Santísima Virgen tenga especial cuidado de nosotros es preciso no disgustar á su divino Hijo, evitando á toda costa toda suerte de culpas, y que más bien le seamos aceptos con el ejercicio de las virtudes cristianas. Me parece que la afectuosa Madre se dirige á Jesús y á vosotros diciendo: *Fili, præbe mihi cor.* Dame tu Corazon, dice á Jesús; yo lo quiero para tener á mi disposicion innumerables gracias y distribuir las á favor de mis hijos. Tu Corazon me pertenece; yo lo formé con mi sangre, y ahora lo quiero para consolar á los afligidos, para salvar á los perdidos, y convertir á los pecadores. Dame tu corazon, dice Ella tambien á cada uno de vosotros, yo lo quiero para purificarlo, para santificarlo, para hacerle

amar el Sagrado Corazon, y unirlo á este inagotable manantial de todos los bienes. Mirame: tengo en una mano el Corazon de Jesús, y en la otra los corazones de todos aquellos que son fieles á mi voz. Mi misión consiste en unirlos íntimamente, y por este motivo soy la Señora del Sagrado Corazon. Despues de todo esto, ¿quién no querrá corresponder á los llamamientos de María? Felices entónces, dichosísimos de nosotros, que podremos saltar de gozo, viendo á la piadosa Madre con su Hijo en los brazos tan noble, tan grande y tan rica de tesoros espirituales. Podremos gozar de las más caras esperanzas sabiendo que Ella está pronta para hacernos participantes de tan inestimables riquezas. Podemos cobijarnos con confianza bajo el manto de su patrocinio, no ignorando que tienen segura la victoria los que combaten en su compañía. ¡Ah! ven, pues, oh María, oh Señora del Sagrado Corazon, ven, y no te desdeñes de volver tus miradas sobre tus hijos. Confirma en los caminos del bien á los justos, y aleja de las sendas del mal á los que soñ desgraciadamente pecadores. Llena de las bendiciones divinas, dispensadora de las celestiales bendiciones, invocándote, sentimos un bálsamo en el alma, una dulzura en la lengua, y un alivio en medio de las miserias de la vida. Muéstranos tu poder, muéstranos, oh María, tu bondad, y nosotros, prometiéndote servir con fidelidad, aunque esto nos cueste los más duros sacrificios, no nos cansaremos jamás de saludarte como á Señora del Sagrado Corazon.